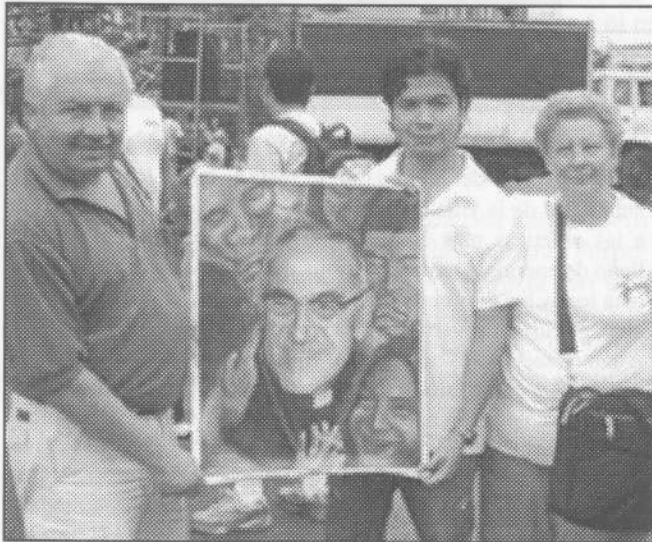


San Romero de América

Dos compañeros del Centro Tiempo Latinoamericano, **Norma San Nicolás y Valdemar Saires**, estuvieron en El Salvador, participando de los numerosos homenajes y celebraciones que le ofrendó su pueblo a Romero de América, en el 25 aniversario de su martirio. Fueron seis días de celebraciones, de Semana Teológica en la UCA, de simposio sobre el pensamiento de Romero, en que los salvadoreños y muchos venidos de otros lugares de América y el mundo, han podido encontrarse y hacer presente en su vida, a su santo que también es santo latinoamericano y mundial.



Todo esto hace que los jóvenes valoren y "se den cuenta" de que no tienen otra alternativa que convertirse en pandilleros. Esto se vio agravado en los últimos años.

Los Homenajes

Con respecto a los homenajes, los organizaban tres instituciones: la **Universidad de Centroamérica "José Simeón Cañas"**, la **Asociación Monseñor Romero** y la **Fundación Monseñor Romero**.

En la UCA se desarrollaba el Primer Congreso de Teología de Latinoamérica, con la participación de importantes expositores como los teólogos **Gustavo Gutiérrez**, **Jon Sobrino**, **Mons. Gregorio Rosa Chávez** (Obispo de El Salvador), **José Comblin**, **Elsa Tamez**, entre otros. También estuvieron presentes **Pablo Richard**, **Mons. Tomás Balduino** de Brasil y **Monseñor Samuel Ruiz** de México.

La Fundación Monseñor Romero organizaba todos los actos en la cripta de la Catedral, donde está la tumba de Romero, y había denominado a la semana "Vida, Martirio y Resurrección de Monseñor Romero", como un legado para la humanidad en la construcción del Reino de Dios en nuestro tiempo. Participaron artistas, religiosas/os, jóvenes comprometidos con el proyecto de Mons. Romero, que es el de Jesús de Nazaret; también compañeros de comunidades de distintos países y de otras iglesias hermanas, entendiendo al ecumenismo como camino para alcanzar una práctica cristiana, desde el aporte de Monseñor Romero. Aquí se vivió la presencia del pueblo. La cripta estaba repleta de gente humilde, de campesinos, de personas que habían trabajado con Monseñor Romero y otros que no lo conocieron, pero que siguieron su testimonio de entrega y compromiso con los pobres.

El día miércoles se realizó la celebración de las Comunidades Eclesiales de Base. Realmente lo vivido allí fue una Pascua, con algunos testimonios especialmente de los jóvenes, que, por su compromiso, nos dejaban sorprendidos. El sábado 2 de abril se llamó "día grande" y comenzó con una vigilia. A las seis de la tarde se celebró una Misa en el parque del Salvador del Mundo, donde participaron unas 40.000 personas.

En El Salvador, la tierra de Romero

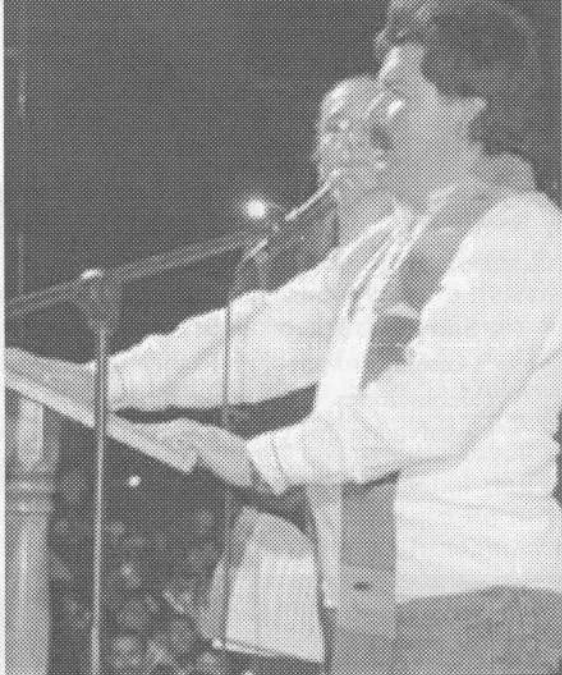
Luego de un largo viaje llegamos a El Salvador, donde participamos activamente de los homenajes a Monseñor Oscar Arnulfo Romero. Nos encontramos, como en todos los países de Latinoamérica, con mucha pobreza, más acentuada todavía en un país que está dolarizado. Los campesinos sufren mucho porque tienen muy poca tierra para trabajar, la gente que vive en la ciudad no llega a cubrir las necesidades mínimas para vivir dignamente, en algunos casos hasta se cocina con kerosene, con el daño que implica para la salud. Hay mucha indigencia, a pocas cuadras de la catedral ya se ve gente viviendo bajo nylon. Por supuesto también hay unos pocos que viven bien y muy bien: Como siempre, la riqueza se acumula en unos pocos. También hay que decir que hay mucha violencia, especialmente entre los jóvenes, entre las pandillas, comunes en Centroamérica. Esto no se debe sólo a las guerras civiles. Otros de los factores que explican estos fenómenos son la problemática de las familias que viven en hacinamiento, el crecimiento urbano rápido y desordenado, los procesos de exclusión social, ya que hay comunidades que carecen de acceso a los servicios básicos, carecen de oportunidades para la formación técnica y profesional.

El Salvador

Fue una verdadera fiesta. Posteriormente iniciamos una marcha por las calles de la ciudad, donde había 25 cuadras cubiertas totalmente de gente que caminaba con pancartas, carteles e identificaciones de los países e instituciones que representaban. Marchamos hasta la puerta de la Catedral donde los artistas cantaron hasta bien avanzada la madrugada. Una mención especial corresponde al alcalde de la ciudad de San Salvador, que puso todo cuanto hacía falta para que esta fiesta del 25° aniversario se pudiera desarrollar con total normalidad.

En síntesis, el contacto con la Fundación Monseñor Romero y con la U.C.A. ha resultado muy positivo, como fue muy enriquecedor también intercambiar experiencias con hermanos y hermanas de otras partes del mundo, unidos en la memoria y en el impulso de seguir construyendo. (V.S.)

Foto: el P. Salvador Rodríguez, de Ecuador, lee la proclama de las delegaciones en la celebración final.



La vida de Oscar Arnulfo Romero

Por aquellos años El Salvador es un río de sangre. El censo de 1961 contaba 800 mil desempleados, en una población activa de dos millones y medio de personas. El 73% de la población carece de agua potable, el 99% de energía eléctrica, los analfabetos son el 57% y un 2% de propietarios posee el 60% de las tierras. En los años '60 y '70, la rabia provocada por un sistema social que deja en la miseria al pueblo se expresa en rebeliones de campesinos y protestas sociales. La reacción de la oligarquía ante cualquier hipótesis, incluso moderada, de reforma es feroz. Defienden sus intereses con regímenes golpistas, cuerpos de seguridad y bandas paramilitares, que a mediados del los años '70 cuentan con más de 100.000 "agentes". Entre ellas, "Orden", estructura "legal" para reprimir las manifestaciones sociales en el campo, "Falange", formada por antiguos oficiales jubilados, el grupo MANO, (Movimiento Nacional Anticomunista Organizado) y la Unión Guerrera Blanca. Uno de sus objetivos sociales es la eliminación de los curas tercermundistas, considerados como los inspiradores de la subversión marxista. "Haga Patria, mate un cura", decían sus panfletos.

En el enfrentamiento social que atraviesa toda América Latina, también el episcopado latinoamericano, en su conferencia de Medellín (1968), reconoce que la tradicional preferencia por los pobres puede llevar incluso a respaldar las luchas de liberación. Romero al principio no simpatiza con el activismo social que en aquella fase absorbe a sus hermanos. Son conocidos sus enfrentamientos con quien, según él, reduce la liberación cristiana a un mesianismo político, a una fábula religiosa al servicio de la revolución. Esto le granjea la simpatía de las familias importantes y de sus emisarios políticos. Los avances de Romero en la carrera eclesiástica son sensibles: Secretario de la Conferencia Episcopal, Obispo Auxiliar de San Salvador, obispo de Santiago de María y en febrero del '77 arzobispo de la capital. "Sabían que era una persona buena y pensaban que sería fácil manejarlo", recuerda hoy Rutilio Sánchez.

En el apostolado "silencioso" de San Miguel, Romero pasa 23 años. Es allí donde entrevé lo que interesa a su corazón. Es un sacerdote tímido y siempre cabizbajo, parece reacio a noveda-

des teológicas. La verdadera novedad que sorprende y conforta su vida es la fe del pueblo que se manifiesta en los gestos más habituales de la vida cristiana. Sin inventarse nada, atendiendo a las prácticas más comunes, Romero se revela apasionado, lleno de energía y fantasía. Anima decenas de confraternidades, reza todos los días el rosario, inflama con su predicación; en el altar, el cura introvertido se vuelve un torrente.

Algunos sacerdotes no le tienen simpatía por su carácter a veces brusco. La gente, sin embargo, lo quiere. Las familias de los potentados aprecian al cura sin veleidades, respetuoso del orden social, pero sobre todo los pobres. Romero ha aprendido en el catecismo que son el tesoro de la iglesia, como decía San Lorenzo. Y en Roma, Juan XXIII repite lo que enseña toda la Tradición: "La Iglesia tal y como es y quiere ser, es la Iglesia de todos, pero especialmente la Iglesia de los pobres". Romero explicará muchos años después que esta predilección es la misma del Señor, que elige comunicarse a todos gracias a la preferencia de un detalle. "Sabemos ahora mejor qué significa la encarnación, qué significa que Jesús tomó carne realmente humana y que se hizo solidario de sus hermanos en el sufrimiento, en los llantos y quejidos, en la entrega. Sabemos que no se trata directamente de una encarnación universal, que es imposible, sino de una encarnación preferencial y parcial, una encarnación en el mundo de los pobres. Desde ellos podrá la Iglesia ser para todos, podrá también prestar su servicio a los poderosos a través de una pastoral de conversión".

En el atardecer del 24 de marzo de 1980, cuando Mons. Romero celebraba misa en la capillita del "hospitalito", como se le llama al Hospital de la Divina Providencia para enfermos de cáncer que había elegido como residencia, cayó herido de muerte frente al altar, rodeado por un pequeño grupo de personas, mientras ofrecía su última homilía. En cuanto se conoció la noticia, las familias de los barrios altos brindaron por la ejecución de aquel "comunista", que osaba leer luego de cada misa, la lista de los muertos, presos y desaparecidos.

Para el pueblo, a pesar de su inmenso dolor, con la muerte de Romero surgió la esperanza, más aún, la certeza de que tanta sangre derramada no sería en vano. El obispo se convirtió de ese modo en bandera, en estandarte, en símbolo de resurrección.

(Extraído de "30 días en la Iglesia y el mundo".
Septiembre 2004).